

# La concepción energética del lenguaje

por

*Heinz Schulte-Herbrüggen*

Todo estudio integral de un fenómeno dado trata de llegar más allá de los aspectos parciales bajo los cuales éste se presenta y se pregunta por sus últimos fundamentos y razones de ser. El lenguaje se nos presenta en configuraciones sonoras que son portadores objetivados de ideas y que desempeñan la función de un contacto interhumano en la comunicación o de un medio intrahumano en la reflexión. Sus aspectos sensorial y conceptual y sus funciones comunicativa e intelectual están compenetrados de una fuerza mental que se revela en la capacidad humana de simbolización. Ella es su característica esencial, el fundamento del cual emanan sus manifestaciones particulares y sus oficios especiales.

El primero que concibió el lenguaje como un proceso, como una forma de actuación fue Wilhelm von Humboldt (1767-1835). En su amplia obra<sup>1</sup> cuyo estudio se dificulta por la falta de un orden sistemático de las materias, por cierta vaguedad en el uso de los términos centrales —compensada, por cierto, por imágenes a veces realmente poéticas—, y por la construcción de largos períodos intrinca-

<sup>1</sup>Wilhelm von Humboldt, Werke in fünf Bänden hrsg. von A. Flitner und K. Giel (Cotta) Stuttgart 1963, Bd. III Schriften zur Sprachphilosophie. Se cita según esta edición.

dos, encontramos dispersadas, como chispas del espíritu, las ideas más valiosas sobre la naturaleza interior del lenguaje y su función en el proceso del conocimiento.

Para Humboldt consiste la razón de ser del lenguaje (p. 13) »en verter la materia del mundo fenoménico en la forma de pensamientos«, en (p. 413) »la transformación del mundo en pensamientos«, en (p. 418) »la actividad constante del espíritu de capacitar el sonido articulado para la expresión del pensamiento«. El afirma que el lenguaje no es una obra (*ergón*), sino una actividad (*energeia*), un pensamiento que precisa con estas palabras (V, 369):

»El lenguaje no puede descomponerse como un cuerpo natural, no es una materia dada en virtud de la masa de palabras y reglas de que se compone, sino una actuación (*Verrichtung*), un proceso mental tal como la vida es un proceso corporal. Nada de lo que está relacionado con él debe estudiarse con un procedimiento anatómico sino con uno fisiológico, porque nada en él es estático, todo es dinámico.

»... Debemos estudiar el lenguaje en cuanto a su actuación viva, si queremos investigar su verdadera naturaleza«.

La primera afirmación de que el lenguaje no es un *Ergón* sino una *Energeia* constituye una exageración en el afán de destacar el novedoso aspecto de *energeia* frente a una consideración casi exclusivamente estática que se le había aplicado al lenguaje hasta entonces.

El mismo Humboldt en otros lugares de su obra llama a una lengua dada un acopio de palabras y un conjunto de reglas. La lengua está latente en la mente de los hablantes, encierra en sí todos los contenidos que una comunidad dada en un tiempo dado es capaz de expresar. Ella tiene una existencia propia en el sentido de una forma social objetiva, si usamos el término de Dilthey. Pero ella se realiza (p. 437) »solamente en el acto de pensar de cada vez«, ella se actualiza

en el proceso mental y fisiológico de hablar. En el acto de hablar y de pensar adquiere la lengua su efectividad. Hay una relación de consecuencia entre la lengua como acopio de contenidos latentes y la manifestación selectiva de éstos en el acto de hablar. La lengua como *Ergón* la constituyen las palabras con sus posibilidades significativas más el sistema de combinaciones sintácticas usuales. Concebida como *ergón* existe independiente de su realización, es una de las formas objetivadas del espíritu y en este sentido comparable al arte que también puede existir sin que nadie lo re-sienta o re-viva. Es un riel potencial de la mente, es espíritu objetivado como significado, una entidad que se ha constituido en el curso del tiempo en una fuerza independiente; es, en otras palabras, una propiedad suprapersonal latente, un bien cultural independiente de su actuación<sup>2</sup>. Como *ergón* abarcan sus contenidos lo que ha sentido y pensado una comunidad en su devenir histórico. Lo que de ello subjetivamente re-vive el hablante individual depende de sus experiencias, intenciones y valores personales. Los signos lingüísticos pertenecen al mundo material, tienen una existencia objetiva, desligada en cierto modo de los objetos, son formas latentes que se pueden llenar de sentido. El significado pertenece a la esfera mental, es proceso y efecto de animación, de creación de sentido y encuentra su realización en el contacto social, como exteriorización, en el coloquio, o en la esfera individual, como reflexión interna, en el monólogo. Hablar es actuar mental y fisiológicamente, representando contenidos mediante signos dados, es una forma de conducta humana, un acontecer social. Crearles un sentido a los signos y combinaciones de una lengua (*ergón*), transformar selectivamente sus contenidos en expresión lin-

<sup>2</sup>L. Jost, *Sprache als Werk und wirkende Kraft*. (Haupt) Bern 1960, p. 16.

güística, es un proceso psicofísico, una *energeia*, una actividad del espíritu. La capacidad lingüística humana es una fuerza mental básica, gracias a la cual podemos actualizar posibilidades significativas, emplear y comprender los símbolos.

Para entender en todo su alcance el papel del lenguaje, Humboldt nos advierte que debemos ir más allá de lo que rinde en »la designación de los objetos«, y en »la mediación de la comprensión« y atender a sus orígenes, a su penetración de toda actividad mental misma (p. 416):

»La lengua no debe considerarse como algo engendrado que ahora está muerto, sino mucho más como un acto continuo de creación; no debemos fijarnos tanto en lo que obra en la designación de los objetos y en la mediación de la comprensión, sino dirigir nuestra atención más concienzuda a su origen, que está entretelado con la actividad interior del espíritu, la cual por su parte sufre una influencia del lenguaje«.

Y el origen mismo nos lo describe en esta bella imagen (p. 252):

»El contacto del mundo con el hombre es el golpe eléctrico del cual estalla el lenguaje humano, no solamente en su origen, sino siempre que los hombres piensen y hablen. La diversidad del mundo y la profundidad del alma son las dos fuentes de que el lenguaje se nutre«.

En la conciencia se encuentran el yo y el mundo. El lenguaje es un puente entre la conciencia y el mundo, un medio de transición entre la subjetividad y la objetividad. Infundiéndose el espíritu en la materia lingüística, es decir, separando porciones del fluir de las impresiones y acuñándoles un nombre, objetiva los fenómenos, los hace disponibles y permite así una cierta independencia frente a

ellos. Humboldt describe este proceso en una carta dirigida en 1800 desde París a Schiller<sup>3</sup>:

»El lenguaje representa evidentemente toda nuestra actividad mental subjetiva; pero engendra también al mismo tiempo los objetos de nuestro pensamiento, pues sus elementos forman los cortes de nuestra representación, la cual, sin ellos, seguiría en una serie confusa. Ellos son los signos sensoriales que nos ayudan a denominar las distintas esferas de los diversos objetos y gracias a los cuales —para evitar una falsa idea de la materia espacial— podemos formar unidades de ciertas porciones de nuestro pensamiento, las cuales pueden usarse también en otras combinaciones y actualizaciones. El lenguaje es, por ende, si no del todo, por lo menos sensorialmente, el medio por el cual el hombre se forma al mismo tiempo a sí mismo y al mundo, o más bien, por el cual llega a tener conciencia de sí mismo, separando de sí el mundo«...

Y dice un poco más adelante en la misma carta:

»Quisiera llamar a la energía del lenguaje su capacidad de aumentar el impulso y la fuerza de enlazar consigo y de desarrollar de sí siempre más mundo... Es —gracias a un medio sensorial que es al mismo tiempo obra del hombre y expresión del mundo— la capacidad de engendrar pensamientos y sensaciones interiores y objetos exteriores, y, al separar los unos de los otros, adquirir conciencia de sí mismo«.

El lenguaje desempeña, pues, un papel decisivo en el proceso del conocimiento, ya que ayuda al hombre a »desarrollar siempre más mundo de sí«, es decir, a llegar a tener conciencia de un número cada vez mayor de pormenores de la realidad que lo rodea y darse cuenta de lo que ocu-

<sup>3</sup>L. Jost, 1. c. p. 36, 55. La carta es reproducida en las notas pp. 193/194.

rre en su interior. El lenguaje es la capacidad de dar forma objetiva a contenidos de conciencia, es un principio actuante en la »transformación del mundo en la propiedad del espíritu« (p. 64), es una fuerza que le ayuda en la estructuración de una imagen mental del mundo. La capacidad del lenguaje es el fundamento para aprehender concienzudamente las cosas, para reflexionar mediante los signos, para manejar en forma simbólica los fenómenos y para abrirse un camino para descubrirlos<sup>4</sup>. Porque las lenguas, debido a la dependencia del pensamiento de la palabra, (19) »no son propiamente medios para representar la verdad ya conocida, sino que, mucho más, medios para hallar la verdad aún no conocida«. Teniendo un nombre para los fenómenos, el hombre los separa de sí, no obstante que estén incorporados a su conciencia, lo que le permite elevarse sobre su ambiente vital, denominar las cosas en vez de estar dominado por ellas, enfrentarse en libertad con el mundo.

El término mundo tiene para Humboldt un sentido muy amplio. Mundo es la esfera en que se desenvuelve la vida del hombre, son las cosas y los fenómenos de la realidad y los aspectos del ser que sensorialmente ha percibido y mentalmente captado; pero son también las emociones conscientes que experimenta en su interior y los productos de su fuerza de imaginación. La extensión del concepto de mundo varía individualmente según el grado y la cantidad de aprehensión de la realidad por una persona dada; colectivamente, según el número de conocimientos y experiencias que una comunidad ha objetivado y conservado en su lengua; y, socialmente, por el avance de la ciencia que logra hacer conscientes cada vez más fenómenos de la realidad que an-

<sup>4</sup>P. Hartmann, *Wesen und Wirkung der Sprache im Spiegel der Theorie* Leo Weisgerbers. (Winter) Heidelberg 1958, p. 32.

tes no lo eran. El mundo es lo que el lenguaje ha conseguido verbalizar e interpretar y puede oponerse a aquella realidad trascendente, enigmática y absoluta que aún no ha entrado en el conocimiento humano, que queda aún por conquistar mentalmente<sup>5</sup>.

»Transformar el mundo en pensamientos« (p. 413) o »en propiedad de espíritu« (p. 64), quiere decir verbalizar los fenómenos, darles una existencia lingüística y hacerlos de esta forma conscientes y disponibles.

La conciencia presupone el destacarse y separarse el hombre de su contorno, el reconocerse a sí mismo como objeto actuante frente a una realidad objetiva que se le opone. La materia de esta realidad, los átomos y moléculas que se hallan en constante movimiento, generan vibraciones e irradiaciones, las cuales, tropezando con los órganos receptores invaden la psique humana en forma caótica. El separar e interrelacionar las varias sensaciones producidas por estos estímulos, en relación a una realidad determinada, es decir, el darse cuenta de la existencia de un objeto, significa pasar de la sensación a la percepción. Percibir una cosa es transformar fuerzas materiales en acontecimiento consciente. Es un fenómeno complejo en que se funden en una unidad las sensaciones y la experiencia pasada. Su causa y contenido es la localización de objetos en el espacio cuya aprehensión conduce a la constitución del mundo exterior<sup>6</sup>. La percepción no es un sufrir pasivo, sino una actividad dirigida, motivada por las tareas del hombre en su ambiente vital. Entre una situación dada por aprehen-

<sup>5</sup>E. Rothacker, *Ontologische Voraussetzungen des Begriffs Muttersprache*. En *Sprache Schlüssel zur Welt*. Festschrift für Leo Weisgerbers, (Schwann) Düsseldorf 1959, p. 40.

<sup>6</sup>H. Rohrer, *Einführung in die Psychologie*, (Urban u. Schwarzenberg) 4, Aufl. Wien 1951, p. 104.

der y el sujeto perceptor se intercala como fuerza mediadora el mundo interior del hombre, su experiencia pasada, sus anhelos y emociones<sup>7</sup>. Estas llevan a una selección dentro de las posibilidades ofrecidas, la cual en parte es determinada por los intereses personales y en parte por las experiencias y los afanes de la conciencia colectiva del grupo al cual el hombre pertenece, experiencias y afanes que son transmitidos por el medio lingüístico que adquiere en el período formativo de su desarrollo perceptual e intelectual.

Debemos distinguir entre la percepción como un proceso y la representación, la imagen mental como consecuencia posterior de éste. A medida que las impresiones sensoriales dejan de servir como meras señales y se constituyen en imágenes de representación es posible incorporar el objeto de la percepción en el acervo cognoscitivo de la conciencia. La percepción como conciencia empírica de lo dado en la contemplación pasa por los estadios intermedios de análisis y síntesis, de abstracción y generalización, para culminar en la formación del concepto, el cual halla su objetivación en la palabra, la que permite representarse de nuevo, en cualquier momento, el resultado de este proceso<sup>8</sup>.

En el análisis se distinguen las cualidades esenciales, necesarias y generales de un objeto, de las secundarias y casuales. Se trata de una abstracción que no es un acto subjetivo de carácter negativo, —la no consideración de ciertos pormenores—, sino más bien el acto de dar relieve a aquellas cualidades en que se presenta el objeto cuando se excluyen circunstancias consideradas variables que generalmen-

<sup>7</sup>S. L. Rubinstein, *Grundlagen der allgemeinen Psychologie*, (Volk und Wissen) Berlin 1958, pp. 306 y ss.

<sup>8</sup>S. L. Rubinstein, *Sein und Bewusstsein*, (Akademie-Verlag), Berlin 1964, pp. 34, 68, 108 y ss.



te lo acompañan en la percepción. La síntesis procede después en dirección opuesta poniendo en relación las cualidades características y condiciones específicas de un objeto enlazándolas en una unidad. La generalización se hace por la comparación de cosas o fenómenos diferentes que tienen ciertos caracteres en común, suprimiendo aquellos en que se distinguen. En el proceso genético de la generalización es de la mayor importancia la palabra, ya que el niño, al darse cuenta de que una palabra no se refiere a un solo objeto, sino a todo un grupo o una clase de objetos, es llevado a generalizar. Cada palabra forma una generalización, o la generalización está ligada a la existencia de una palabra. La actividad perceptiva, después de descomponer y unir, de comparar y generalizar obtiene una imagen que ya no es la continuación de la impresión sensorial exacta, sino una especie de esquema resumido de lo esencial, el cual se integra intelectivamente en el concepto. El concepto abarca lo que varios objetos y fenómenos tienen en común, lo esencial e inalterable; el concepto de árbol da la idea de la presencia de un tronco y de una corona, reúne ejemplares singulares como el pino y el sauce, que ofrecen una forma, una imagen sensorial distinta. El concepto es objetivado por y ligado a la palabra, la cual generaliza los fenómenos, los sustrae a situaciones específicas y actualiza los conocimientos de que el hombre ha cobrado conciencia. La palabra no refleja la percepción como tal, sino la representación que ésta evoca en la conciencia de los hablantes. Y como esta representación no tiene siempre un carácter objetivo solamente indicador sino que está a veces teñida por actitudes emotivas que comparte la respectiva comunidad frente a un objeto dado, se puede decir que el contenido de la palabra influye en la percepción y en el modo de aprehender un fenómeno.

Humboldt alude a esta peculiaridad con las siguientes palabras (p. 427):

»Tanto las cosas de la naturaleza exterior como la actividad interiormente estimulada irrumpen en el hombre con un sinnúmero de rasgos característicos al mismo tiempo. El tiende a la comparación, separación y unión y, en sus fines más elevados, a la formación de unidades siempre más abarcadoras. Él pretende concebir los objetos en una unidad definida y exige la unidad de sonido para suplirla. El sonido no suprime ninguna de las otras impresiones que los objetos pueden grabar en el sentido exterior o interior, sino se hace portador de ellas, añadiéndoles, por su cualidad propia, una impresión nueva y significativa... El sonido de la voz infunde la vida, de la cual procede, en el significado de la palabra, el cual la recibe, tal como el lenguaje, junto con el objeto representado, siempre reproduce también la sensación provocada por él, enlazando, en actos siempre repetidos, el mundo con el hombre, o, en otras palabras, su actividad interior independiente con su receptividad«.

El pensamiento de Humboldt, en especial su teoría del conocimiento, es influenciado por el idealismo alemán, ante todo por Kant. Según Kant<sup>9</sup> intervienen en la formación de los conceptos tres actos de la razón lógica: 1) la comparación de las representaciones entre sí en relación a una unidad de conciencia; 2) la reflexión de cómo representaciones distintas pueden ser abrazadas en un solo acto consciente, y 3) la abstracción o separación de todo lo restante en que las representaciones se diferencian entre sí. Comparación y reflexión son las condiciones positivas de la formación de un concepto; la abstracción lo completa delimitándolo. Cada concepto, como concepto parcial, está contenido en

<sup>9</sup>R. Eisler, *Kant-Lexikon*, (Metzner) Berlin 1930, p. 58.

la representación de los objetos; como fuente de conocimiento, es decir, como señal distintiva, están contenidos los objetos en él. En relación a lo primero tiene cada concepto un contenido; en relación a lo segundo, una extensión.

La unión de la percepción con el concepto conduce al conocimiento. Dice Kant que el conocimiento es la asimilación reflexiva del material proporcionado por los sentidos, su subordinación bajo las formas de la conciencia cognoscitiva y la incorporación de lo así formado en un conjunto sistemático y coherente. La transformación de las percepciones en conceptos la considera obra del intelecto, que nunca pierde su relación con una posible experiencia, ya que es esencialmente un proceso de creación de experiencia y de progreso hacia siempre nuevas experiencias. El conocimiento no es para Kant »un reflejo pasivo de realidades dadas«, sino un proceso dinámico y constructivo. Dice textualmente<sup>10</sup>: »Nuestro conocimiento tiene su origen en dos fuentes principales de la mente (Gemüt); la primera es recibir la representación (la receptividad de las imágenes); la segunda, la capacidad de conocer el objeto por medio de estas representaciones (espontaneidad de los conceptos); por la primera un objeto nos es dado, por la segunda éste es pensado en relación a la representación (como una determinación de la mente). Percepción (Anschauung) y conceptos constituyen los elementos de nuestro conocimiento, de modo que ni los conceptos, sin que les corresponda de alguna manera una percepción, ni la percepción sin concepto, pueden proporcionar conocimiento«.

La razón transforma lo múltiple de la percepción, por una síntesis, en conocimiento. La síntesis se hace por la fuerza imaginativa que estructura los elementos proporciona-

<sup>10</sup>R. Eisler, 1, c. p. 136.

dos por los sentidos en un todo, el conocimiento, el cual es reducido por la razón a un concepto, gracias al cual es posible pensarlo en una unidad. Las formas fundamentales de unidades de la experiencia objetiva que tienen validez para toda clase posible de experiencias son las categorías. En las categorías la variedad de la percepción ha sido sometida a unidades trascendentales.

El conocimiento es, pues, un proceso complicado en que convergen la aprehensión sensorial, la reacción emocional y el enlazamiento racional. Estas actividades mentales dejan sus vestigios en el significado de la palabra, sostén indispensable del conocimiento. A medida que el significado se desprende de los datos sensoriales de lo concreto e individualmente dado, aislando relaciones puramente abstractas, trepa la escalera de la generalización y abstracción cuyos peldaños son los conceptos y las categorías, para subir a una altura en que construye lo meramente posible y representa hasta lo no pensable, lo que carece de todo contenido perceptivo.

La representación es la imagen del objeto en ausencia. El concepto abarca lo general en unidad con lo particular y destaca lo esencial. La representación es una imagen de la conciencia individual. El concepto ligado a y mediado por la palabra es un producto social con un desarrollo histórico, y por eso, en cuanto a su contenido y extensión, no necesariamente idéntico de una comunidad lingüística a otra.

Mirada genéticamente la relación del lenguaje con el conocimiento podemos decir que en los primeros dieciocho meses priman en el niño los intereses por la satisfacción de sus necesidades vitales inmediatas sobre la elaboración de las sugerencias provenientes del acervo cultural de su medio ambiente. En esta fase se generan las formas elementales del conocimiento. El ejercicio sensorio-motor de la

imitación con las consiguientes asimilaciones y acomodaciones perceptivas conduce a la formación de la representación. El juego imitativo o simbólico media entre la acción y la representación. La imagen mental, prolongación de la actividad perceptiva y derivada de la imitación, es evocación simbólica de objetos y fenómenos ausentes, una forma elemental de conocimiento. Este estudio de pensamiento simbólico es independiente de las palabras y opuesto al pensamiento racional, que se sirve de signos, es un pensamiento de naturaleza individual, enraizado en los sueños y la ensoñación y compenetrado en las fuerzas del subconsciente (C. G. Jung)). Es un pensamiento preintelectual o prelógico que opera con imágenes que son figuras resumidas de objetos y que se presentan con una cierta borrosidad e inestabilidad. Es un pensamiento intelectual que aprehende relaciones mecánicas e idea medios mecánicos para fines prácticos. Las formas de comunicación de la fase preintelectual son el llanto, el balbuceo y las primeras palabras, que aún no son palabras con carácter de signo, no son atribuciones conscientes de nombres a objetos, sino reflejos condicionados que suplen nombres, objetos y situaciones, y los primeros enunciados, que se limitan a ser órdenes de acción, expresiones de deseo. En este estado predomina exclusivamente el afecto y la voluntad.

A partir del año y medio (el VI estadio de Piaget), empieza una profunda transformación en la psique del niño. Bajo la influencia de la palabra y de las instituciones colectivas se socializa su pensamiento, para lo cual es indispensable la comprensión y el uso del signo. El símbolo es un signo motivado por una semejanza cualquiera con el objeto. El signo, en cambio, es arbitrario, ligado por una tradición, una convención, a un objeto sin que tenga ningún parecido icónico (fisiognómico) con éste (excepto en las palabras ono-

matopéyicas). El signo verbal, la palabra como unidad de generalización, es más que un reflejo condicionado de la fase preintelectual del niño, es un implemento indispensable de capacitación para las operaciones intelectuales. Antes manejaba formas sonoras, representaciones concretas y establecía asociaciones entre ellas; ahora descubre la función significativa de la palabra, se da cuenta de que cada cosa tiene un nombre. Este paso ha sido comparado con el descubrimiento del palo por el chimpancé. La palabra, dice Bühler, entra en la estructura del pensamiento como el palo en la situación de querer obtener la fruta del árbol. En la palabra como signo verbal convergen el lenguaje preintelectual, de carácter de reflejos condicionados, con el pensamiento prelingüístico, de carácter instrumental, y se efectúa una unidad entre hablar y pensar, o en otras palabras, el pensamiento se verbaliza y el lenguaje se intelectualiza. La conciencia, limitada a lo afectivo y volitivo, adquiere una nueva dimensión, la intelectual<sup>11</sup>.

El despertar de la conciencia del simbolismo lingüístico se efectúa por grados. Las primeras palabras no son aún signos propiamente tales, sino que retienen aún algo individual e imaginativo, algo de la movilidad del símbolo, mientras la palabra como signo tiene mayor fijeza dentro de un sistema organizado. La palabra no representa aún un concepto verdadero, sino una especie de parentesco subjetivamente sentido entre los sujetos que se denominan con un mismo nombre. El relato, como fuente de la memoria, es un peldaño de transición indispensable como medio de evocación para la descripción de estados de cosas. Debido al relato empieza la palabra a funcionar como signo que ayuda a evocar representaciones y reconstruir impresiones pasa-

<sup>11</sup>L. S. Wygotski, *Denken und Sprechen*, (Akademie-Verlag) Berlin 1964, pp. 98 y ss.

das. Ahora se independiza la palabra de un acto a que antes estaba necesariamente ligada, se desprende de la actividad sensorio-motora y adquiere su propia función como medio de representación en ausencia. La palabra como signo le da a la imagen interior una objetivación desprovista de lo subjetivo, de tal modo que llega a ser un medio verdadero de comunicación supraindividual, la socializa, la saca de la esfera de la vivencia personal. Entonces aparecen las preguntas ¿Qué es eso? ¿Cómo se llama eso? El nombre da el concepto, la subagrupación del objeto en una escala jerárquica de la realidad, da a lo que era la imagen egocéntrica e individual un carácter general y de función social. La transición de las estructuras preconceptuales a los conceptos operatorios o propiamente tales ocurre, según Piaget<sup>12</sup>, entre los dos y los cuatro años.

Así se pasa de un razonamiento instrumental de la coordinación de impresiones perceptivas en vista a una finalidad hacia un enlazamiento de juicios que rebasan la mera percepción. La aparición de la mentira, de la capacidad de deformar la realidad, es signo de estas operaciones mentales de carácter deductivo, de un razonamiento intelectual. El interés, antes exclusivamente ligado a situaciones presentes y vividas, toma un carácter cognoscitivo. El razonamiento instrumental se eleva a operaciones lógicas, a interrelaciones conceptuales en el juicio. El dominio del signo colectivo de la palabra permite sobrepasar las representaciones vividas en situaciones reales y enterarse de experiencias ajenas.

De los cuatro a los siete años el pensamiento operatorio es de carácter intuitivo, esto es, los razonamientos quedan

<sup>12</sup>J. Piaget, *La formación del símbolo en el niño*, (Fondo de Cultura Económica) México-Buenos Aires 1961, pp. 92, 305 y ss.

aún ligados a configuraciones perceptivas de las cuales en el proceso de la socialización se liberan en mayor o menor grado. Las representaciones sobrepasan finalmente los datos sensoriales concretos y se extienden a dimensiones abstractas como espacio y tiempo. En todo este proceso de adaptación de la mentalidad individual a la conciencia colectiva le corresponde al lenguaje un papel preponderante.

A este respecto tiene una gran importancia el lenguaje interior o egocéntrico. Este, por una parte, es un medio de expresión y desahogo, y por otra, acompaña toda actividad sensorio-motora del niño, y acompañándolo en la solución de las tareas que se propone llega fácilmente a ser pensamiento en sentido propio. El desarrollo del lenguaje interior es determinado por la lengua del medio ambiente y sus operaciones lógicas dependen directamente de ésta, porque antes de estar en condiciones de hacer operaciones lógicas el niño adquiere la estructura sintáctica de su lengua; antes de comprender lo que son relaciones causales, condicionales y temporales, aprende el uso de las correspondientes conjunciones. El adquiere la sintaxis de su lengua antes que la sintaxis lógica. La estructura sintáctica de su lengua, podemos decir, da forma a sus operaciones lógicas. En este sentido depende la estructura del pensamiento en cierto modo de la estructura de la lengua.

Durante el aprendizaje del lenguaje se asimilan y acomodan materiales perceptivos a conceptos, los que por su parte están englobados, delimitados y jerarquizados dentro de los sistemas semánticos coherentes de la lengua. El sistema semántico guía la mente cognoscitiva en dos sentidos: por un lado le presenta a través de los significados lexicales contenidos determinados a su consideración, dejando al mismo tiempo otros inapercibidos o por lo menos no mencionados, y por el otro, le proporciona en la extensión de los



conceptos, en las clases de palabras y categorías gramaticales existentes en el respectivo idioma, desde un principio una clasificación de lo aprehendido y una categorización de los fenómenos ya hechas. A este doble aspecto de la significación de la palabra alude Humboldt cuando dice (p. 489):

»En la designación interior de la palabra hay dos aspectos cuya naturaleza distinta debemos separar cuidadosamente. Al acto de la designación del concepto se agrega una actividad de la mente que lo traslada a una categoría determinada del pensamiento. . . , y el sentido pleno de la palabra resulta de aquella expresión conceptual, más esta indicación modificadora. Estos dos elementos pertenecen a esferas distintas. La designación del concepto pertenece al procedimiento más objetivo de la facultad del lenguaje. El traslado del mismo a una categoría del pensamiento es un acto nuevo de la conciencia lingüística, por medio del cual el caso singular —la palabra individual— es relacionado con la totalidad de los casos posibles en la lengua. Gracias a esta operación. . . se unen en el lenguaje, en la debida fusión y subordinación, su actividad independiente que emana del pensamiento, con su receptibilidad pura que obedece más a las impresiones exteriores. Hay, desde luego, grados en que corresponden las distintas lenguas a esta exigencia«.

Así se encuentra la conciencia en formación constantemente sometida al efecto de la lengua del medio ambiente, a su *energeia*, que encauza su percepción e influye en su conceptualización, ofreciéndole un sistema ya hecho de categorización de la realidad, o en otras palabras, entre la espontaneidad de su conciencia individual y la realidad por aprehender se coloca el medio colectivo de comunicación como una especie de cedazo. En este sentido dice Humboldt (p. 30): »ciertas formas lingüísticas le dan al espíritu innegablemente una cierta dirección y le imponen cierta coerción«.

El proceso cognoscitivo individual se ajusta entonces a los moldes existentes en el sistema semántico de la lengua, que es portador y almacenador de una cultura específica. Los conceptos que éste transmite y pone a disposición son el resultado de una elaboración y selección, hecha en una comunidad y determinados por la experiencia histórica de ésta, entre muchas posibilidades en teoría existentes. Dice Humboldt (p. 6, 7) que »la cultura de una comunidad lingüística particular depende de su talento peculiar, de su destino, y de los individuos que surgen en ella en el curso del tiempo. El organismo del lenguaje pertenece a la fisiología del hombre intelectual; su formación, a la serie de los desarrollos históricos«.

Así concebida, una lengua es la objetivación del encuentro entre el mundo y la reflexión de una comunidad, entre los estímulos exteriores y su interioridad, lo cual Humboldt expresa en este bello pasaje (p. 428):

»La actividad subjetiva forma en el pensamiento un objeto. Ninguna especie de representación debe tomarse como una contemplación meramente receptiva de un objeto ya existente. La actividad de los sentidos (la percepción) se une sintéticamente con la actividad interior del espíritu (la reflexión) y de esta unión se desprende la representación (pensamiento, concepto), la que se transforma frente a la fuerza subjetiva en objeto (palabra) y vuelve percibido como tal de nuevo a ella. Para esto es indispensable el lenguaje, pues, rompiéndose la tensión espiritual camino a través de los labios, vuelve el producto de la misma al oído propio. La representación es transformada en objetividad sin que por ello se sustraiga a la subjetividad. Esto puede hacerlo solamente el lenguaje... y sin ello es imposible la formación del concepto y por consiguiente todo pensamiento verdadero«.

Humboldt entiende »espíritu« en un sentido kantiano<sup>13</sup>, como »el principio que pone en movimiento las fuerzas anímicas e intelectuales, como capacidad de la representación de ideas«, como »el talento de expresar ideas y de hacerlas comunicables«. El puede imaginarse el espíritu solamente en actividad y dice (p. 418) que »el pensamiento de cada momento lleva el espíritu entero infundido como forma«. Esta fuerza del espíritu se manifiesta tanto en los individuos como en las comunidades históricas. El comparte con sus contemporáneos Herder, Goethe y Schiller la fe en la perfectibilidad del hombre. Dice (p. 383) que el hombre está destinado a »la elevación y ampliación de su existencia humana«. Cada uno debe hacer de sí mismo lo que es capaz de hacer, desarrollar su personalidad en comunicación con otros y elevarse hacia una forma superior de existencia. La fuerza del espíritu posibilita la perfección intelectual y moral del hombre y de la humanidad. El lenguaje, dependiente de esta fuerza, es para Humboldt el órgano del ser interior mediante el cual se llega al conocimiento interior.

En el espíritu queda incluida la organización sensorial específica del hombre y debemos atribuir a su actividad la transformación del estímulo en objeto de conciencia, de algo físico en algo mental. El carácter cognoscitivo de este paso lo destaca Humboldt diciendo (p. 73) que la lengua »cuando designa, crea en sentido propiamente tal, pues dándole al pensamiento forma y cuño, penetra el espíritu, ayudado por la actuación de otros hombres (los miembros de su comunidad lingüística), por caminos nuevos en la naturaleza misma de las cosas«.

El espíritu no se limita al papel receptor y contemplador,

<sup>13</sup>R. Eisler, 1. c. p. 180.

a una transformación pasiva de impresiones sensoriales en conceptos. Dice Humboldt (p. 433) que »la palabra se origina en la percepción, pero no es copia (Abdruck) del objeto en sí, sino de la imagen engendrada por éste en el alma«. La imagen es el producto de la reflexión, del encuentro de las impresiones sensoriales con la fuerza del espíritu, es la objetivación de lo subjetivo a través de un acto creador. Este proceso lo describe en admirables imágenes (pp. 426-427):

»El lenguaje es el órgano formador del pensamiento. La actividad intelectual, enteramente espiritual e interior y que acaece, por decirlo así, sin dejar vestigios, se transforma gracias al sonido hablado en algo exterior y perceptible por los sentidos. Esta actividad y el lenguaje constituyen una unidad inseparable, para la cual es indispensable la unión con el sonido del lenguaje, pues de otro modo no podría entrar en evidencia y la representación no podría llegar a ser concepto... El pensamiento, comparable a un relámpago o golpe, concentra toda la fuerza de imaginación en un punto, descartando todo lo simultáneo, comparable al sonido que suena en unidad y nitidez recortada. Tal como el pensamiento conmueve el ánimo, del mismo modo el sonido sacude con fuerza penetrante los nervios... Como el pensamiento en sus relaciones más íntimas constituye un ansia de salir de la oscuridad hacia la luz, así el sonido brota de la profundidad del pecho hacia afuera, encontrando una materia apropiada y mediadora en el aire, el más fino y más fácilmente movable de todos los elementos, cuya incorporeidad aparente corresponde también simbólicamente al espíritu«.

La dependencia mutua entre la representación y el lenguaje, entre la fuerza subjetiva y objetiva es un problema que hizo meditar mucho a Humboldt. En la palabra quedan

infundidas las sensación y la percepción, pero éstas, independizadas por la palabra, reciben en ella al mismo tiempo una limitación. (p. 17):

»La palabra, que hace del concepto un individuo del pensamiento, le añade notablemente de lo suyo propio, y recibiendo la idea precisión a través de ella, es al mismo tiempo retenida por ella en ciertos límites... Tal como la palabra lleva un objeto a la representación, evoca también inapercibidamente una sensación correspondiente a su naturaleza y a la del objeto, y la fila ininterrumpida de los pensamientos está acompañada de una fila ininterrumpida de sensaciones, las cuales son determinadas, en cuanto a su grado y color, por la naturaleza de las palabras y de la lengua. El objeto cuya aparición en la mente está acompañada por una impresión análoga y repetida, individualizada en la lengua, es representada también de una manera modificada... Apegándose el carácter de la lengua a cada expresión y combinación de expresiones, la masa de las representaciones recibe de ella un cierto color«.

Humboldt ve pues en la lengua una fuerza, una energía que no solamente da nombre a las percepciones sino le atribuye un papel co-creador en la formación misma de los conceptos. Este pensamiento ha sido re-tomado por E. Cassirer<sup>14</sup> con las siguientes palabras: »El lenguaje no entra en un mundo de percepciones objetivas acabadas para añadir a los objetos individuales dados y claramente delimitados los unos en relación a los otros, solamente nombres, que serán signos meramente exteriores y arbitrarios; es más bien él mismo un mediador en la formación de los objetos; es, en un sentido, el mediador por excelencia, el instrumento más

<sup>14</sup>E. Cassirer, *Le langage et la construction du monde des objets*, En *Psychologie du langage*, (Alcan) Paris 1933, p. 23.

importante y más precioso para la conquista y para la construcción de un verdadero mundo de objetos«. En otro lugar<sup>15</sup> dice Cassirer que el lenguaje tiene para el conocimiento humano una fuerza originaria formadora y no sólo imitadora. »No se limita a expresar pasivamente lo existente, sino encierra en sí una energía espontánea del espíritu gracias a la cual la existencia de los fenómenos recibe un significado determinado, un contenido ideal propio«. Compara al respecto el lenguaje con el mito y el arte, en que también algo empíricamente dado no es meramente reflejado sino creado, formado según un principio propio. El lenguaje es también para Cassirer uno de los »caminos que sigue el espíritu para su objetivación, es decir, para la manifestación de sí mismo«. Estas palabras en Cassirer concuerdan con un pasaje en Humboldt en que éste ve en el lenguaje una »actividad autónoma« y, »una emanación espontánea del espíritu« (p. 386):

»El lenguaje brota de tal profundidad de la humanidad que prohíbe considerarlo propiamente como obra y creación de los pueblos. Posee una actividad autónoma que se nos manifiesta visiblemente, —no obstante que es inexplicable en cuanto a su naturaleza—, y es, considerado desde este lado, no un producto de la actividad, sino una emanación espontánea del espíritu, no obra de las naciones, sino un don que les ha sido otorgado por su destino interior«.

Cassirer, como Humboldt, ve en el lenguaje un medio fundamental de elevarse de la sensación a la percepción y representación, porque la percepción recibe su individuación gracias al lenguaje. La palabra que la transforma en objeto, le agrega al mismo tiempo un rasgo propio, ya que

<sup>15</sup>E. Cassirer, *The Influence of Language upon the Development of Scientific Thought*. En *The Journal of Philosophy* 39 (1942) p. 326.

destaca en ella un aspecto peculiar. Siendo toda percepción inevitablemente impregnada de subjetividad, y suponiendo que debido al efecto de una lengua dada una subjetividad análoga compenetre todos los miembros de una comunidad lingüística, podemos inferir que cada idioma, en cuanto a su contenido conceptual y su coloración afectiva constituye una visión peculiar del mundo. Entre el individuo cognoscente y la realidad se interpone esta objetivación de lo sentido y pensado por otros previamente. Humboldt explica esta situación así (p. 434):

»Tal como el sonido (la palabra) se coloca entre el objeto y el hombre, así se interpone la lengua entre él y la naturaleza que interior y exteriormente actúa sobre él. El se rodea de un conjunto de sonidos para aprehender y elucidar un conjunto de objetos. Estas expresiones no sobrepasan la medida de una verdad sencilla. Como la sensación y la actuación del hombre dependen de sus representaciones, se puede decir que éste vive con las cosas de la manera como la lengua se las entrega. Por el mismo acto por el cual él produce de sí el lenguaje, él se enreda en este mismo, y cada lengua traza una valla alrededor de los que la hablan; sobrepasar esta valla no es posible sino a medida que uno entre en el círculo de otra. El aprendizaje de una lengua extranjera debiera ser entonces la adquisición de un nuevo punto de vista, y en realidad lo es, en cierto modo, porque cada lengua abraza el tejido entero de los conceptos y modos de representación de una parte de la humanidad«.

En este sentido dice Humboldt también (p. 16) que »el pensamiento no depende solamente del lenguaje en general, sino en cierto grado de cada lengua particular«. Porque las lenguas se distinguen (p. 23) »en relación al modo y al grado en que han alcanzado el engendramiento de ideas«. Por eso nos invita a estudiar las lenguas bajo una nueva pers-

pectiva (p. 24): »ver en ellas no tanto signos arbitrarios, sino reparar más bien en cómo ellas intervienen profundamente en la vida mental y de indagar cómo la peculiaridad de sus estructuras son medios auxiliares en la búsqueda y el conocimiento de la verdad«. J. G. Fichte se había aventurado a afirmar en sus »Discursos a la nación alemana« (1808) »que los hombres son formados en mayor grado por la lengua que ésta por los hombres«. De cómo la lengua influye en los sentimientos y el carácter, Humboldt se expresa en otra parte (p. 29) así: »Tal como la vida afectiva (Gemüt) e intelectual del hombre es la cuna, el suelo y el albergue de la lengua, así pasan inapercibidamente las peculiaridades de ésta a aquélla«.

La tarea de una lingüística general y comparada en sentido humboldtiano es (p. 7) »mostrar cómo el hombre creó el lenguaje, qué parte del mundo de las ideas logró transponer en él, cómo la individualidad de las naciones (las comunidades lingüísticas) actúa sobre el lenguaje y cómo las lenguas, por su parte, ejercen efectos sobre aquéllas«. El sentido más profundo de la diferencia de las lenguas lo ve Humboldt en su papel formador del espíritu, en su valor cognoscitivo y teleológico (p. 6):

»La diversidad lingüística se presenta en dos formas: por una parte como fenómeno natural, como barrera de una comunicación inmediata entre los hombres, y por otra, como fenómeno intelectual teleológico, como medio formador de los pueblos, como vehículo de una diversidad más rica, de productos intelectuales de una originalidad mayor, como creadora de una unidad más estrecha en una parte de la humanidad, basada en un sentimiento mutuo de individualidad«.

»La lengua echa las fibras más finas de sus raíces en la fuerza espiritual nacional« (p. 383). La diversidad de



las lenguas se debe a una actuación diferente de la fuerza espiritual humana »en formaciones siempre nuevas y más acrescentadas« en respuesta a la naturaleza y las condiciones peculiares de vida de una comunidad. Ella determina »el carácter de una nación al cual se debe todo lo que ésta ha producido en hechos, instituciones y pensamientos« y es »la fuerza de la cual se desarrollan los grandes individuos«. Lo que ella le da al individuo »para la elevación y ampliación de su existencia es lo único que puede considerar su propiedad indestructible«. . . (p: 383): »El lenguaje es el órgano del ser interior, es este ser mismo, tal como paulatinamente llega al conocimiento interior y a su exteriorización«.